

las baratijas de la vida... ¡ En vano !
es cansada é inútil la tarea.

Guarda el arcón los mudos cascabeles,
los guñapos de fe, los oropeles,
quebradas joyas y marchitas flores;

pero el amor de mi alma se ha perdido,
que solamente me dejó el Olvido
tristezas, desencantos y dolores !...



Deja que me refugie en el ensueño
como niño miedoso en el regazo
de la madre, que me ha tendido un lazo
la vida, y yo soy débil y pequeño.

El mal, en abatirme tiene empeño;
para emprender la lucha, brazo á brazo
con él, yo necesito en breve plazo
del invencible talismán de un sueño.

Déjame ir ; la vida me traiciona,
el ideal se aleja y me abandona
en la ruta más áspera y sombría :

Si ya no quieres ser mi compañera
en el viaje al país de la Quimera...
¡ acompáñame tú, Melancolía !



Elegías modernas

(1898-1900).



Á LA NOVIA DE UN POETA

I

— ... Sí, pobre amiga; prefirió el obscuro
rincón de su taberna, del que un día,
ebrio á la vez de vino y poesía
se alzó tambaleante é inseguro :

hincó la mano trémula en el muro,
sacudió la cabeza, hosca y bravía,
y pasó por sus ojos todavía
la luz de un verso misterioso y puro.

Fué un soñador neurótico y divino,
que alumbró el matorral de su locura
con la lámpara de iris de Aladino,
y prefirió á tu amor y á tu hermosura,
la embriaguez luminosa de su vino,
su viejo vaso y su taberna oscura.

II

Tú muchas veces la llamaste. — En vano
apareció en su noche tu belleza,
y se inclinó tu pálida cabeza
hasta besar el dorso de su mano.

Tu frenesí le pareció liviano,
tu desnudez olímpica impureza,
y se volvió á mirar á la Tristeza
y á sonreír al Ideal lejano.

Se puso en pie para morir, y quiso
como inviolada nieve de la altura,
mostrar su sueño, blanco é impreciso,
y prefirió á tu amor y á tu ternura
su artificial y ardiente paraíso
su viejo vaso y su taberna oscura.



EN MEMORIA
DE MI PERRO "BAUDELAIRE"

Á Jesús Contreras.

Del raído jergón en que yacía
mi perro moribundo, alzó la testa,
la gran testa escultórica, orgulloso
y altivo, como un dios agonizante.
En sus ojos, profundos y febriles,
súbitamente se encendió un relámpago
de amor inmenso. Mi tristeza entonces
quiso asomarse á mis pupilas para
dar un adiós á aquel amor sublime.

La bestia, estremecida con temblores
de ternura, miró caer mi llanto,
y con un rudo y soberano gesto
de angustia y de dolor, — Gracias, — me dijo.
Después, con lentitud doliente y grave,
tras la fatiga del supremo empuje,
como en un cabezal, reclinó el perro
la gran testa escultórica en el muro.

Pero sus ojos tristes, tristes, tristes,
me siguieron hablando :

« Es la primera
vez que no te obedezco, no me llames,
ya te voy á dejar, amado mío.

Vivi de tí, por tí, para atraerme
todas las emociones de tu alma,
tus goces, tus pesares y tus sueños;
para buscarte en todo, porque eras
mi única aspiración. A una caricia
de tu mano, á un acento, á una apacible
mirada, se dormían mis instintos,
y un sér inteligente, amable, dócil,
generoso, leal, siempre dispuesto
al sacrificio fui, bajo el encanto
de tu voz, tu caricia ó tu mirada.
¿Quién te amó más que yo, sin un instante
de duda, de desdén ó de abandono;
sin una ingratitud, sin un olvido,
sin dejar de ser tuyo, siempre tuyo?
Fuí el compañero insomne de tus penas,
tu guardián en el peligro. Fuí tu siervo
en el placer, tu amigo en el quebranto,
tu jovial camarada en la alegría.
Acuérdate : se fueron los efimeros
amores, la lusión y la esperanza;
cantando se alejó la nave de oro
y nos dejó en la orilla obscura y sola.
¿Qué te quedó del Universo, oh pobre
soñador de remotos ideales?
Arriba, mucho cielo, el impasible;

abajo, mucha tierra, la infecunda.
Y yo que era la piedad; un átomo
de vida unido á tí por misteriosos
enlaces. Y marchamos. ¿Hacia dónde?
¿al Bien? ¿al Mal? No importa; íbamos juntos.
Yo fuí el festejador de tus sonrisas,
el cantor de tus negras soledades,
yo vigilé tus tristes pensamientos,
yo comí el pan mojado con tus lágrimas.
En el silencio de hogar sin lumbre
yo consolé tus noches de delirio,
y clavando mis ojos con los tuyos
te pregunté : ¿qué tienes? ¿por qué lloras?
Ya ves, me voy, te dejo; me entristece
pensar en que no habrá quien te acompañe
por el camino, como yo, besando
tus huellas en el poivo del sendero.
Te quedas con los hombres, los que olvidan
los que traicionan, los que engañan, solo,
mirando hacia los cielos impasibles,
en pie sobre la tierra despiadada.
Mi muerte no es la tuya; tú sucumbes,
y, transformado, asciendes á otros mundos;
yo fuí materia que te amó, no tengo
alma con que esperarte en otra vida.
Tú eres un inmortal; sueñas que, errante,
por ese mar azul y luminoso,
buscarás, de astro en astro, la imposible
quimera de tu espíritu. Yo vuelvo
á pudrirme en el fango del que salen
el monstruo y el reptil, flores y estrellas.
Mas... cree en el amor, existe; mira,

soy una prueba de que existe : toma
aliento y fé de mi postrer mirada.... »

Y un último relámpago en sus ojos
el amor encendió. Gracias, le dije,
y me incliné á besar la moribunda
cabeza de aquel dios agonizante.

Los tardíos luceros de la noche
se desleían; un helado viento
como un soplo de muerte, recorría
la llanura en tinieblas; y en el fondo,
tras un álcor, un árbol se agitaba
como dedo que niega.

Lentamente,
sobre el negro ataúd del horizonte,
un crespón blanco apareció en la sombra
y se extendió como triunfal bandera
por el contorno azul de la montaña.

Yo, arrodillado en el jergón raído
en que mi perro agonizaba; estuve
por instantes sin fin, absorto en una
honda meditación. Un gran misterio
rodeábame....

Y uno de mis niños
se asomó á la ventana de la alcoba
y me gritó : Papá, ¡ muy buenos días !

Octubre 31 de 1900.



Poemas crueles

(1894-1895).